

mientras predominaba hácia el Norte el elemento germánico y el derecho Sállico. La Armórica siempre inquieta; los normandos siempre atrevidos y emprendedores; los mejores feudos dependientes de una corona extranjera, eran otras tantas y nuevas causas de desunion, sin embargo de lo cual todos aquellos elementos tan aparentemente heterogéneos pugnaban por resolverse en la unidad nacional, que forma la grande aspiracion de los Estados; y ya empezaban para conseguirlo á asociarse bajo el nombre genérico de franceses.

Signos inequívocos de esta concentracion, las confederaciones de los Comunes aliados necesarios del trono, iban robusteciendo á un mismo tiempo el poder real y el poder popular, preparando la gran lucha entre el feudalismo y la monarquía. Los señores comprendiéndolo así quisieron abatir aquel trono que apoyado en el pueblo, se levantaba imponente y poderoso, y en la batalla de Bovines pudieron convencerse de que el astro de su grandeza empezaba á descender á su ocaso.

El genio superior de Felipe Augusto, habiendo conseguido humillar á Inglaterra, atraerse la amistad del Pontífice, establecer la capital del reino, fundar la jurisdiccion real y conseguir el decidido apoyo de los pueblos con las inmunidades que les concedia, logró establecer y constituir una monarquía poderosa, que sin embargo distaba mucho de hallarse sólidamente consolidada.

Ni las agregaciones que habia ido recibiendo la corona estaban completamente consagradas por el asentimiento popular; ni los recuerdos de la casa de Anjou y de la dominacion inglesa habian podido extinguirse al otro lado del Loira; ni el feudalismo se resignaba fácilmente á la unidad de administracion y de justicia intentadas por Felipe Augusto; ni los limites de las potestades estaban definidos; ni los Comunes tenian el suficiente vigor para ejercer la gran influencia que de derecho les correspondia: todo estaba confuso, segun la frase de un historiador, como una mistura química donde se prepara el cristal; y Felipe, si tuvo bastante genio para concebir é intentar la gran revolucion social de su patria, no fué bastante afortunado ó diestro para completar su pensamiento.

En tal situacion encontró la monarquía su sucesor Luis VIII, que educado en las máximas de la prudencia, la justicia, el valor y la templanza, parecia destinado á realizar el gran pensamiento de Felipe. Activo y vigoroso contesta á las pretensiones de Inglaterra sobre parte del territorio francés, invadiendo y ocupando las tierras que todavia en Francia pertenecian á los ingleses; y disponíase á mas altas empresas, apesar de distraerle de sus intentos la guerra contra los albigenses, cuando le sorprendió la muerte á los tres años de su reinado.

II.

Digna compañera de un monarca que tantas esperanzas ofrecia para lo porvenir, y no menos digna hermana de Berenguela con justicia llamada la Grande, Blanca de Castilla compartió con el hijo primogénito de Felipe Augusto el trono de Francia. Habia nacido en el año de 1185 y antes de cumplir los quince años, el 25 de Mayo de 1200 unióse en matrimonio con Luis de Francia celebrándose el enlace en Purnor (Normandía), y siendo tambien como el de su hermana Berenguela prenda de paz entre Felipe Augusto y Juan Sintierra, hábil y previsoramente negociada por Leonor de Guyena, abuela de Blanca. Mas de un siglo habia trascurrido sin que cesasen las guerras entre Inglaterra y Francia, y la paz tan vivamente deseada produjo una profunda alegría que se demostró con públicos regocijos confundiendo de este modo las fiestas nupciales con las fiestas de la paz.

Bajo tan felices auspicios subió á compartir el trono de Francia la hermana de Berenguela. Tan estremadamente hermosa de rostro como de alma, la blancura de su tez parecia motivar su nombre y simbolizar la pureza de su corazon; y los pueblos que rara vez se engañan en las simpatias que les inspiran los que han de gobernarles, comprendieron desde el primer momento el verdadero tesoro de vir-

tudes que les concedía la providencia, para engrandecer mas y mas las nobles cualidades de su futuro monarca. Así fué como apesar de no mezclarse en los negocios del Estado mientras vivió Felipe Augusto, los jóvenes esposos consiguieron inspirar á sus pueblos los sentimientos de la mas respetuosa veneracion y del mas sincero amor, que les garantizaba un porvenir halagüeño de prosperidad y ventura.

La muerte del rey acaecida en 1223, abrió al esposo de Blanca el camino del trono, siendo ambos coronados en Reims el dia 8 de Agosto del mismo año, y celebrándose este acontecimiento con una brillantez y magnificencia desusadas, concurriendo como testigos el rey de Jerusalem, los magnates de la monarquía, y un pueblo inmenso y verdaderamente entusiasta de sus jóvenes monarcas.

Las guerras que se vió obligado á sostener bien pronto Luis VIII con Inglaterra le hicieron abandonar la capital de sus dominios, y Blanca de Castilla quedó en la capital encargada de la gobernacion de todo el Reino, demostrando desde los primeros dias las altas cualidades que atesoraba para tan difícil puesto, y que bajo la apacible hermosura de su rostro «ocultaba valor y cualidades de hombre en un corazon de muger.»

III.

Al sentir Luis VIII que se acercaban los últimos instantes de su existencia, convocó á los obispos y principales magnates de su corte para designar la persona que habia de encargarse en dirigir á seguro puerto la nave del Estado, durante la minoría del hijo que con su mismo nombre estaba llamado á sucederle; y comprendiendo que en ninguna podía hallar reunidas las dotes que en su esposa, la nombró Regenta del reino y tutora de su hijo primogénito.

Por primera vez en Francia veíanse reunidos en una princesa tan

codiciados títulos; y fácilmente se dejan comprender los celos que aquella justa predileccion habia de despertar en los inquietos y ambiciosos barones, mal de su grado sometidos á la monarquía, robustecida por Felipe Augusto.

Apenas habia exhalado su postrer aliento Luis VIII, su digna esposa fué el blanco de los enconados tiros de la maledicencia, y no faltaron indignos caballeros que se atrevieran á ultrajar la honra inmaculada de la hija de Alfonso IX, suponiéndola indignos y criminales amores y hasta complicidad en la muerte de su esposo, injustamente atribuida á un supuesto veneno preparado por el Conde Tivaldo.

La ternura del monarca en sus últimos momentos, y su misma eleccion en favor de la reina, era la mejor respuesta que podia darse á los maldicientes, cuyos tiros rechazaba siempre victoriosa la intachable reputacion de Doña Blanca, cimentada en una rigidez de costumbres tan severa, que le hacia esclamar dirigiéndose á su mismo hijo «te quiero mucho, hijo mio: te quiero con cuanta ternura puede querer una buena madre; pero sentiria menos verte caer muerto á mis piés, que cometiendo un pecado mortal.» A la que de tal modo comprendia la virtud poca mella podian hacerle las calumnias de la impotente envidia.

No caian en verdad en tierra estéril las sabias lecciones de Doña Blanca. Luis supo aprovecharse de ellas de tal modo, que bien pronto pudieron apreciar en él sus súbditos todas las virtudes que ilustran á los grandes Monarcas.

Pero aquel pueblo que como decíamos en un principio estaba atravesando todavía el difícil periodo de transicion que habia de conducirle á la deseada unidad, no podia recibir desde luego la regencia de Blanca sin abierta oposicion; y acreciendo ésta llegó á tal punto, que tuvo necesidad la esforzada Princesa de reunir sus ejércitos, despues de formar con prudente política un consejo de los mas importantes señores del Reino, que correspondieron á esta muestra de deferencia con su decidida adhesion.